

Nos estamos fragmentando

Alfredo Acle Tomasini©

Treinta y dos niños murieron en Chiapas. Fallecieron de enfermedades curables, adquiridas en el lugar donde nacieron. Sus esquelas no aparecieron en ningún diario. Nadie ordenó la publicación de una muestra de condolencia; Sus padres, como fueron sus ancestros, son seres anónimos. Nacen y mueren incógnitos. Y en esa calidad permanecen mientras viven. Pero en cambio, si por causas similares, una sola de esas muertes hubiere ocurrido en un hospital metropolitano, entonces sería el escándalo. Y el dedo flamígero, ya hubiera hallado al culpable.

Por años, se ha dicho que en México, como en otros países, las diferencias entre los que más y menos tienen están creciendo. Sin embargo, lo que no se ha entendido con toda claridad, es que esta dinámica social no puede ser eterna y, que el distanciamiento de los puntos extremos habrá, inevitablemente, de alcanzar un máximo, a partir del cual se creará un escenario social que si bien es difícil de prever, es fácil de imaginar que será en extremo complicado.

Sin embargo, el problema de esta visión que predice la posibilidad de un rompimiento drástico en el tejido social, actúa, paradójicamente, como un elemento que adormece nuestra conciencia, y a la vez, como si fuera la posibilidad de un sismo de gran magnitud, nos da esperanza la idea de que ojalá no ocurra. Pero, desafortunadamente los fenómenos sociales no suceden de manera espontánea y, en una gran cantidad de ocasiones, menos lo hacen como imaginamos.

Marx siempre pensó que la revolución proletaria debería ocurrir en los países con mayor grado de industrialización, como eran Inglaterra y Alemania, en virtud de que la explotación del capitalismo salvaje de su época, hacía lógico prever que esos obreros sobreexplotados en jornadas laborales de 14 a 16 horas, inevitablemente se levantarían contra los dueños del capital y las instituciones que protegían a éstos.

Pero las cosas ocurrieron de una manera distinta y, la revolución proletaria tomó lugar en un país atrasado industrialmente, como era la Rusia zarista, al conjuntarse una serie de factores como fueron: los extremos despóticos y la ineptitud del gobierno imperial; la derrota militar y; la miseria de millones de campesinos que vieron en la Revolución Bolchevique a su única oportunidad.

En México, pasamos de la década perdida a un acelerado proceso de apertura, que si bien insertó al país en una macrotendencia imposible de eludir, como es la globalización, se llevó a cabo sin tener claro un proyecto de mayor alcance. Y como ocurre con la privatización, también, la apertura se ha convertido en un fin en si mismo.

Lo grave es que el peso de la crisis de los ochenta concentró aún más la riqueza. Por un lado desempleo e inflación, golpearon a los que sólo tenían como fuente de ingreso su fuerza física o sus conocimientos, por el otro, la devaluación y las tasas de interés le

permitieron a los más privilegiados, mantener e incrementar el valor de sus capitales. De ahí que su participación en el PIB se incrementara y la de los salarios se redujera.

Meditar y planear no es algo característico de nosotros los mexicanos. Por ello no fue extraño, que así, sin pensarlo, emprendiéramos una estrategia tan delicada como la apertura de la economía. Sabíamos que tendríamos sectores ganadores y perdedores. Pero, fieles al credo del “Ay se va “, no nos atrevimos a hacernos las preguntas clave: ¿Qué pasa si el número de personas que trabaja en los sectores perdedores, no puede absorberse por los ganadores? ¿Qué pasa si los sectores perdedores están localizados en regiones del país, que no interesan a los ganadores? ¿Quién se hará cargo de los perdedores?

Más allá de los detalles de cada tema del debate nacional, la realidad que asoma es la de un país que se fragmenta, porque las diferencias entre nosotros se están haciendo más y las semejanzas son cada día menos. Un agro dividido, un sector comercial donde convive la informalidad con las cadenas extranjeras de autoservicio; los políticos persiguiendo con mezquindad sus proyectos personales, tan banales como lejanos de las necesidades del ciudadano; la miseria al lado de un consumismo insultante: en la misma tierra donde los niños se mueren al nacer, ya se pueden comprar Ferraris. Pero lo peor, no es que nos fragmentemos, sino ignorar que entre más abramos las brechas más difícil será juntarnos de nuevo.